

BX 4634

.P7

LG

1900



FONDO EXTERNO
VALVERDE Y TELLEZ

Reservados todos los
derechos.

ARZOBISPADO
DE
VALLADOLID

En la instancia elevada por VV. á S. E. I. el Arzobispo, mi Señor, pidiendo su licencia para imprimir la traducción de la Historia del Santuario de Pompeya, ha decretado lo siguiente:

«Valladolid 2 de Julio de 1894. Vista la precedente censura, damos nuestra licencia á los Sres. Hijos de D. Juan de la Cuesta, para que puedan imprimir la traducción al castellano de la Historia del Santuario de Pompeya, escrita en italiano por D. Bartolomé Longo, y traducida por M. M. B. D., toda vez que no solamente no contiene nada contra la buena doctrina, sino que su lectura ha de ser de provecho espiritual para los fieles.—EL ARZOBISPO.»

Lo que tengo el gusto de trasladar á VV. á los efectos consiguientes.

*Dios guarde á VV. muchos años.—
Valladolid 4 de Julio de 1894.*

*Dr. José M. Blanc,
Pro-Secretario.*

Sres. Hijos de D. Juan de la Cuesta.

006551

INTRODUCCION.

Habiendo recibido del cielo no una sino innumerables gracias, y últimamente la de la vida por la intercesion de nuestra gran Madre que veneramos en Pompeya bajo el título del Rosario, no pude menos de reconocer la grandísima deuda de agradecimiento que había contraido con Ella, y sentía mi corazon enardecido, inflamado de vehementísimos deseos de amar y alabar á María, y de procurar con todas veras fuese por todos amada y alabada.

Tan pronto, pues, como esa piadosa Madre se mostró tan bondadosa conmigo, me propuse consagrar toda mi vida á su servicio, y extender su culto, y en particular, el santo Rosario, que le es tan sumamente grato; y á este fin pensé gastar de mi bolsillo unas quinientas *lire* (1) al

(1) Es moneda italiana que equivale á nuestra peseta.

año, con objeto de erigirle un modesto altar en aquellas abandonadas tierras para reunir á su rededor á aquellos aldeanos y enseñarles el modo de rezar fructuosamente el santo Rosario.

Los acontecimientos han excedido con mucho á mis esperanzas, y ha sido tan copiosa la benedicion que Dios ha derramado sobre mis humildes trabajos, que, en vez de una capilla, creí era mi deber levantarle un trono, que fuese tan hermoso y tan devoto, que llamase la atencion de los fieles y los convidase á tributarle allí sus más rendidos homenajes de filial devocion.

No podía yo oponerme á los designios de Dios: sin saber cómo, me ví rodeado de tan singulares prodigios; recibía cada dia consoladoras noticias y cartas, en que se me referían los señalados favores recibidos por la poderosa intercesion de Nuestra Señora de Pompeya; llegaban á mí personas graves y muy fidedignas atestigüándome, y aseverando con el más firme acento, haber recibido gracias extraordinarias y la misma salud, de las manos beneficinas de esta dulcísima Madre de Misericordia: en vista de tan inesperados sucesos, comprendí no me quedaba

otra vía que la de secundar lo que la Providencia obraba por sí misma. ¡Oh! y qué de cosas no ha hecho!

No hay más que venir al valle de Pompeya, para admirar las maravillas del Señor y los prodigios de su potente diestra; pero como quiera que los más no podrán llegar á este valle tan bendecido y favorecido del cielo, para que tambien esos se unan á nosotros, y todos unidos, y como formando un hermoso coro, glorifiquemos á nuestra divina Madre y la invoquemos con fé viva y fervorosa confianza, he pensado hacer una detallada relacion de los hechos verificados aquí, hechos que, áun cuando al mundo parezcan de poca monta, han sido fecundos de acontecimientos verdaderamente extraordinarios. Una historia verídica, exacta y circunstanciada de estos acontecimientos para gloria de la que es toda nuestra esperanza, *Tota ratio spei mee, Spes nostra salve* (1), y para edificacion de los fieles devotos de María: he aquí el objeto de mi trabajo, y todo el contenido de este libro.

(1) S. Bernardus. Homil. II. super Missus: Eccl. in Liturg.

En su compilacion ha sido dirigida mi mano por la más concienzuda y escrupulosa exactitud: refiero los hechos que yo mismo he presenciado, y los que han presenciado otros, dignos de todo crédito, por ser superiores á toda excepcion. Los he estudiado á fondo, sabiendo bien que las obras de Dios, en su elocuente lenguaje, son sencillas, pero profundas. En este estudio, paréceme á mí haber descubierto en la íntima naturaleza de estos hechos un principio que los une, una íntima relacion que los enlaza con el órden sobrenatural, con el órden de la gracia; una dependencia directa del Dominador de la Creacion y de su soberano é infinito poder; un punto del que —como dice el *Alighieri*— «depende el cielo y toda la naturaleza».

He procurado infundir esta verdad en mis lectores: y me parece que una historia del Santuario de nuestra Señora de Pompeya, escrita con este criterio, corresponderá perfectamente á los deseos, tanto de los que la leyeren para alimentar su piedad y su filial devocion y ternura hácia esa dulcísima Madre de misericordia, admirando las obras de Dios, como de los que la

tomen en sus manos para conocer é informarse de la verdad de los hechos prodigiosos.

Por cierto, que considerando el incesante concurso de peregrinos, de viajeros de todas clases y condiciones sociales, de hombres ilustres, de Obispos y de altos dignatarios, así eclesiásticos como civiles, y de comunidades religiosas que de todas partes del orbe se dirigen á este obscurísimo valle hasta hace diez años enteramente desconocido, ó cuando más tenido por una temerosa guarida de ladrones y asesinos, y que ahora de repente vénele transformado en un hermoso Santuario, cuya fama vuela por todo el mundo cristiano, y vienen desde las más remotas y apartadas regiones del globo atraídos por esta fama y por las bendiciones y copia de gracias que la Llena de gracia, *Ave, gratia plena* (1), y la Bendita entre las mujeres, *benedicta in mulieribus*, derrama en él, á venerarla en este lugar que Ella ha escogido para que sea el trono augusto de sus inefables misericordias, *elegi et sanctificavi locum istum* (2), y rendidos

(1) S. Lucas, cap. I, v. 28.

(2) Paralip. Lib. II, cap. VII, v. 16.

á postrarse ante su altar; considerando este tan repentino y extraño cambio de un lugar poco há oscurísimo, ignorado en la geografía, convertido en centro de numerosas y devotas peregrinaciones y en dulce imán de devotos corazones; al ver surgir majestuoso el templo que la fé y la piedad de las naciones levantan á su Soberana Emperatriz, monumento digno de los mejores tiempos del cristianismo, que no costará menos de dos millones, queda uno sorprendido, se llena de admiracion y de estupor, y vése como constreñido á indagar y á tomar en consideracion cuál pueda ser el origen de tan maravillosa transformacion, y cuál la causa de tan inusitados y extraordinarios sucesos; y entre maravillado y sorprendido, pregúntase á sí mismo: ¿qué significa todo esto? Y todos estos tan inusitados sucesos ¿á qué obedecen? ¿Es posible que en pleno siglo diecinueve, cuyo carácter distintivo no es ciertamente la religiosidad ni el fervor de la fé, veamos un conjunto de hechos tan prodigiosos?

Para responder á esta pregunta no he tenido la menor necesidad de dejarme guiar por los

impulsos de un celo indiscreto, y mucho menos por ninguna especie de fanatismo religioso, de que generalmente suelen ser por los enemigos de nuestra religion sacrosanta achacados los escritores católicos. He referido los hechos llana y sencillamente, con el criterio seguro que he podido formar despues de un detenido estudio de ellos, y con la evidencia que su propia naturaleza y las augustas é infalibles enseñanzas de nuestra santa Fé derraman sobre esos mismos hechos. Cuantos no quieran cerrar voluntariamente sus ojos á la luz de la verdad que tan clara, tan esplendorosa se muestra aquí, no podrán menos de aceptar sin la menor vacilacion cuanto digo, pues mi narracion es tan verídica, y tan exacta aún en sus más pequeños detalles, que no contiene nada que no esté conforme con la verdad histórica.

Decía el duque de Saint-Simon, que cerraba su puerta á los hombres cuando escribía y contaba una historia que debía legarse á los siglos.

Yo he escrito estas páginas en mi pequeño gabinete de estudio, que se halla en la primera

pieza contigua al Santuario de nuestra augusta y amadísima Madre de Pompeya, teniendo siempre á mi vista la cúspide del monte Gauro, célebre por la aparición del Príncipe de las milicias angélicas, el glorioso Defensor de la Iglesia, San Miguel Arcángel á San Catelio, Obispo de Castelamare. Al contemplar la quietud, el profundo y no interrumpido silencio que reinan aquí en el invierno, muchas veces me ha parecido hallarme solo en el mundo. Y debajo de un cielo de un azul encantador, y á la vista de ese monte que incesantemente me recuerda al celeste Mensajero, su soberana visita y su celeste coloquio, estoy por decir que casi, casi me parecía hallarme en la soberanamente dichosa compañía de los bienaventurados moradores de la celeste Sion, más que entre los aflagidos de este mísero y triste destierro, á quienes dirijo este escrito, esta ingénua narracion que sin otra cosa mando á la imprenta. El que ama sinceramente la verdad, quedará plenamente convencido de ella.

He citado nombres, domicilios, testigos para que puedan ser preguntados, pues viven todavía

y pueden dar testimonio á la verdad; y de este modo, persuadido el lector de la exactitud de cuanto refiero, podrá tambien rendir su pleito homenaje á la misma verdad.

A pesar de todo—estoy seguro—habrá todavía quien prefiera las tinieblas á la luz; y así, no dudo que la Historia de Pompeya levantará dos clases de contradictores.

La primera la de escépticos, racionalistas ó libre-pensadores, todos incrédulos de profesion; éstos, así que oigan el nombre de una historia tejida toda de prodigios y de hechos sobrenaturales, levantarán los hombros, y guiñando el ojo no se reirán poco de nuestra credulidad, que ellos, en su particular jerga, la llaman supersticion. Como se vé, es un método fácil en extremo, y muy cómodo para librarnos de todo lo que nos molesta.

No escribimos para esos señores, pues su porfiado empeño en negar todo lo que no dependa de las causas naturales, dando por supuesto y teniendo por un axioma de la ciencia el principio de que lo sobrenatural es de todo punto imposible, los coloca fuera de la liza; pero

sí los convidamos á que vengan acá, al Valle de Pompeya, y verán con sus propios ojos, y creerán siquiera al testimonio de sus propios sentidos, como han creído los de esa misma escuela que han tenido la dicha de ver la nueva Pompeya: llegaron acá incrédulos, la vieron admirados, y han vuelto confesando altamente una Providencia soberana que obra aquí sin sujeción á las leyes de la naturaleza.

La otra clase es la de creyentes, ó mejor dicho, la de falsos creyentes: éstos se complacen en contradecir, á veces por ligereza, á veces por no saber enfrenar el mal gusto de la maledicencia, y olvidados de aquella terrible sentencia del Salvador que dice: *no queráis juzgar si no quereis ser juzgados*, profieren juicios infundados que, no pocas veces causan, daños tan grandes, que sus propios autores nunca pudieron imaginar todo su alcance. Y como quiera que aparentan amor á la verdad, son ciertamente los más temibles. De éstos últimos, los hay algunos que critican é impugnan la obra de Dios de buena fé, por que no la conocen y por que vén que otros de su confianza la impugnan; y sin

otro criterio, y sin que se tomen el trabajo de examinar los hechos, siguen el ejemplo de las estúpidas ovejas de las cuales dijo el Poeta:

lo que hace la una, hacen las otras.

Para éstos servirá de alguna utilidad esta historia, pues por lo menos les servirá para que puedan formar un juicio más cabal y más exacto sobre el particular, y llamando su atención, los moverá á que tomen en consideracion lo que vamos relatando en estas páginas.

Los que proceden de mala fé, son del reprobado número de los Iscariotes, y de aquellos sacerdotes de la antigua ley que condenaron al Justo por excelencia, creyendo temerariamente hacer, con tamaña injusticia, un obsequio á Dios.

Para iluminar á éstos disipando sus tinieblas, tanto más funestas cuanto tienen de voluntarias, y convertirlos ablandando la dureza y la obstinacion de sus corazones para que se adhieran á la verdad que los ha de salvar, *veritas liberabit vos* (1), no hay otro medio que la inagotable

(1) S. Joan. Evang. cap. VIII, v. 32.

misericordia de María, la mirada compasiva de la que llevó en su inmaculado seno á la misma Misericordia encarnada para remedio de los pecadores. Y nosotros la suplicaremos vuelva sobre ellos sus misericordiosos ojos.



LIBRO PRIMERO

EL ANTIGUO VALLE DE POMPEYA

CAPÍTULO I

POMPEYA ANTIGUA Y POMPEYA MODERNA.

El viajero que en pocas horas quiere visitar el Santuario de la Santísima Virgen del Rosario, que se levanta majestuoso hácia la celeste Jerusalem en este *pedazo de cielo lanzado á la tierra*, al decir de los poetas que con este elogio celebraron la zona perivesubiana, se presenta en la estacion de Nápoles y pide billete de ida y vuelta para *Valle di Pompei*, que es la estacion inmediata á la de Pompeya: todo el itinerario se hace en 65 minutos.

El viaje no puede ser más delicioso: ni por un solo momento pierde de vista el viajero el bellissimo espectáculo que á su derecha presenta la mar con las múltiples ondulaciones de sus cristalinas aguas de un hermoso azul celeste. Ya ha llegado á la despejada y abierta playa. Ván